

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

CEPILLANDO LA HISTORIA A CONTRAPELO: LA CLASE OBRERA CUBANA Y SU RELACIÓN CON EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO EN EL PROCESO REVOLUCIONARIO (1953-1959).

Flavia Salerno.

Cita:

Flavia Salerno (2013). *CEPILLANDO LA HISTORIA A CONTRAPELO: LA CLASE OBRERA CUBANA Y SU RELACIÓN CON EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO EN EL PROCESO REVOLUCIONARIO (1953-1959)*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/482>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 57

Título de la Mesa Temática:

“La clase obrera en América Latina: estrategias, experiencias y formas de abordaje”

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Iñigo Carrera Nicolás y Pérez Alvarez
Gonzalo

**CEPILLANDO LA HISTORIA A CONTRAPELO: LA CLASE OBRERA
CUBANA Y SU RELACIÓN CON EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO EN EL
PROCESO REVOLUCIONARIO (1953-1959)**

Salerno Flavia Denise

Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA-FFyL)

fdsalerno@gmail.com

Resumen

Nuestro artículo se propone analizar el desarrollo autónomo del accionar revolucionario de la clase obrera cubana –tanto en su extracción urbana como rural- examinando su participación insoslayable en el derrotero histórico de su lucha contrahegemónica en la Revolución Cubana. Abocados a reconocer la autonomía integral de las clases subalternas, se asiste a (re)pensar y problematizar el carácter protagónico de la clase obrera, en función no sólo de las condiciones objetivas de la formación socio-económica cubana y los factores subjetivos de la situación revolucionaria; sino también a partir de su relación con el Movimiento castrista 26 de Julio (M26J), erigido como vanguardia política decisiva para la concreción del éxito revolucionario.

Para dicha tarea, nos valemos fundamentalmente de los criterios metodológicos de Antonio Gramsci para abordar la dinámica social de la insurgencia popular a partir del despliegue de sus propias formas de lucha capacitadas de influir en el programa político de las clases dominantes. Si redefinir el devenir del desarrollo consciente y subjetivo de la clase obrera cubana incita a reflexionar sobre el triunfo revolucionario en función de un desarrollo particular de la lucha de clases; la confluencia de la acción revolucionaria entre la lucha masiva urbana y el movimiento guerrillero rural no puede concebirse tan sólo desde su capacidad de reacción y/o *respuesta* al M26J. De allí que consideremos necesario partir del enfoque teórico marxista-leninista sobre la “conducción” de la vanguardia política a la hora de problematizar la relación de los sectores subalternos - particularmente la clase obrera cubana- con la dirigencia de la vanguardia revolucionaria encarnada en el M26J, bajo la figura del indiscutido líder político Fidel Castro. Porque si un sector radicalizado de la pequeña burguesía “encabezó” la Revolución cubana, bajo la conducción de un movimiento de liberación nacional como lo fue el M26J -por lo que historiográficamente se tendió a destacar su importancia-; consideramos tarea obligada reparar nuestra atención en otro hecho de inestimable valor histórico y por ello no menos importante: el rol protagónico de la clase obrera y su relación *vis-a-vis* con el Movimiento 26 de Julio en el proceso revolucionario cubano. He aquí donde la tarea del investigador consta de encontrar los rastros de iniciativa autónoma de la clase obrera, como germen de la *autonomía integral* que los grupos subordinados expresan y que sin embargo no siempre se contempla en sus formas teóricas de abordaje.

Introducción

La presente monografía se propone partir desde un enfoque teórico general marxista-leninista que, teniendo en cuenta la relación dialéctica desplegada entre las condiciones objetivas y los factores subjetivos de la situación revolucionaria cubana, logre hacer especial foco en el desarrollo autónomo de las clases revolucionarias que finalmente lograron desatar la Revolución Cubana. Creemos que dicha síntesis superadora sólo podrá ser abordada examinando la capacidad de decisión organizativa y política de los sectores sociales subordinados, aquellos que reflejarán su comportamiento activo a través la acción revolucionaria de masas.

Pero no nos interesa aquí examinar a ese conjunto vasto de masas populares, definido quizás a la ligera y a secas simplemente como “el pueblo cubano”. Más bien nos detendremos específicamente en los criterios metodológicos de Antonio Gramsci a la hora de argumentar lo que el autor llamó por *clases subalternas*, a saber, aquellos sectores olvidados de la sociedad civil capacitados de influir en los programas políticos de las clases dominantes; a partir de sus reivindicaciones propias desplegadas en sus formaciones de autonomía. Porque apreciamos la misiva gramsciana de que “todo indicio de iniciativa autónoma de los grupos subalternos tiene que ser de inestimable valor para el historiador integral” (Gramsci, 1981: 45) es que nos enfocaremos particularmente en el estudio de la clase obrera cubana -tanto en su extracción urbana como rural¹- ya que la participación de este sector en el proceso revolucionario evidenciará su protagonismo insoslayable; al punto tal de erigirse como la *clase hegemónica*, rectora de los cambios radicales que el nuevo bloque histórico del período postrevolucionario inaugurará en su marcha al socialismo².

Asimismo, indagarnos sobre el rol político de la clase obrera y su accionar revolucionario a la luz del derrotero histórico de la Revolución cubana, nos invita a problematizar varias cuestiones:

En primer lugar, examinar las vicisitudes de la clase obrera cubana desde su *lucha contrahegemónica*, al interior de la dinámica social de la insurgencia popular, que la coyuntura crítica de las condiciones estructurales de la formación socio-económica

¹ Para ello se tendrá en cuenta el análisis de las condiciones de emergencia histórico-estructurales de la clase obrera cubana detallado en (Winocur, 1987: 65-100).

² Véase (Fung Riverón, 1987).

cubana despliega en la década del '50. Dichas contradicciones producidas al interior del bloque histórico dominante, devendrán en una *crisis orgánica* del régimen batistiano sobre la cual actuará la clase obrera -como clase subalterna por antonomasia-, de forma organizada y consciente para producir las transformaciones estructurales que le permitirán erigir una nueva situación hegemónica. Pues, en términos de Gramsci, los *sectores subalternos* podrán unificarse convirtiéndose en Estado, a partir de la inauguración de un nuevo *bloque histórico* superador del capitalismo³.

En segundo lugar, proponernos (re)pensar a la clase obrera cubana desde su lugar, como clase transformadora de la historia –en términos marxistas diríamos como el motor de la lucha de clases- pero atendiendo a su vez a las condiciones de emergencia histórico-estructurales de dicha clase en sus *cuatro niveles*, desarrollados por Marcos Winocur en su estudio sobre las “clases olvidadas” (Winocur, 1987: 65-100). Fundamentalmente tendremos en cuenta la importancia decisiva de la alianza obrero-campesina cubana, a partir de la confluencia entre la lucha masiva urbana y el movimiento guerrillero rural, claves para la concreción del éxito revolucionario.

En tercer lugar, y por último, nos abocaremos a indagar a la clase obrera cubana desde su relación con el líder político del Movimiento 26 de Julio, el Comandante en Jefe Fidel Castro. Para ello tendremos en cuenta hasta qué punto y de qué forma el accionar revolucionario de la clase obrera cubana fue “conducido” y “liderado” por dicho movimiento revolucionario, partiendo de evaluar al M26J como un movimiento de *vanguardia*, en términos de Lenin y Gramsci (Thwaites Rey, 2007: 153-155).

Se examinará el documento *La historia me absolverá*, alegato-manifiesto pronunciado por Fidel Castro el 16 de octubre de 1953, en carácter de autodefensa por su detención a raíz del asalto a los cuarteles de Moncada y Bayamo, el 26 de Julio de 1953. Consideramos que el análisis de dicha fuente primaria se nos presenta sumamente acertado a la hora de problematizar la relación de los sectores subalternos (particularmente la clase obrera) con la dirigencia de la vanguardia revolucionaria encarnada en el M26J, bajo la figura del indiscutido líder político Fidel Castro.

Sabemos, según Thalía Fung Riverón, que el M26J se integró inicialmente, en su mayoría, por obreros, trabajadores de la ciudad y estudiantes; luego organizó al campesinado –fundamentalmente a partir del desembarco del Granma en diciembre de

³ Los conceptos clave resaltados en cursiva pertenecen al corpus teórico gramsciano. Para un estudio detallado de sus categorías analíticas se consultó (Thwaites Rey, 2007: 129-160).

1956. El contingente que asaltó al Moncada estaba compuesto, casi en su totalidad, por obreros, empleados y estudiantes (Fung Riverón, 1987: 53).

El plantearnos (re)definir el devenir del desarrollo consciente y subjetivo de dicha clase obrera subalterna, incita a reflexionar sobre el triunfo revolucionario en función de un desarrollo particular de la lucha de clases. Porque si un sector radicalizado de la pequeña burguesía “encabezó” la Revolución cubana, bajo la conducción de un movimiento de liberación nacional como lo fue el M26J -por lo que historiográficamente se tendió a destacar su importancia-; consideramos tarea obligada reparar nuestra atención en otro hecho de inestimable valor histórico y por ello no menos importante: el rol protagónico de la clase obrera y su relación con el Movimiento 26 de Julio en el proceso revolucionario cubano.

Así, nuestro marco temporal de análisis será el período que va desde 1953 -año del asalto al Moncada, clave para entender el inicio del momento histórico revolucionario- hasta 1959 -año de la huelga general revolucionaria y del triunfo de la Revolución Cubana.

En palabras de Winocur: “Sin la *respuesta* positiva del resto del contexto social, la pequeña burguesía hubiera quedado en el camino en solitaria y fracasada revuelta”. “(...) un ala del 26 de Julio (...) se coloca(n) a la altura de la demanda social (...)” (Winocur, 1987: 10-11)⁴. Estos fragmentos de su libro nos parecen acertados desde el momento en que el autor intenta reflexionar sobre las ya nombradas “clases olvidadas”, poniendo en relieve su actitud y su rol en el proceso revolucionario.

Sin embargo, es necesario aclarar algo fundamental que guiará todo el eje de nuestro estudio: la dinámica social de lucha de la clase obrera -en todos sus *niveles*- no puede concebirse tan sólo desde su capacidad de *respuesta*, ya que dicha visión de los hechos sólo la posicionaría desde la resistencia y no desde la acción comprometida. Además, estaríamos en presencia de un enfoque incompleto en tanto no cumpliría con el abordaje metodológico gramsciano del que partimos; abocado a analizar la *autonomía integral* de las clases subalternas.

Antes bien, nos propondremos encontrar una dinámica activa de iniciativas propias, con proyectos y propuestas autónomas de dicha clase obrera, que incluso podrán llegar a conmover y replantear las nuevas estrategias revolucionarias del M26J; hecho que

⁴ El destacado en cursiva es nuestro.

Castro tendrá en cuenta a la hora de desplegar tanto la lucha armada urbana como el accionar guerrillero en las sierras de Oriente.

Un estado de la cuestión necesario: hacia una caracterización de la clase obrera cubana en el proceso revolucionario

A continuación pasaremos revista a algunas de las distintas interpretaciones historiográficas que han abordado el análisis del movimiento obrero, y la caracterización de su clase, en la Revolución Cubana y en su correspondiente relación con el Movimiento 26 de Julio. Para dicho balance de la cuestión de conocimiento se tendrán en cuenta cinco estudios académicos que consideramos fundamentales, tanto por sus aportes intelectuales como por las discusiones interpretativas que entre dichos trabajos podremos establecer.

Partiendo de la importancia de concebir a la Revolución Cubana como un *proceso* revolucionario y no como un simple evento fortuito, el estudio del sociólogo James Petras, *Clase, estado y poder en el tercer mundo. Casos de conflictos de clase en América Latina* (1987), analiza las características de la clase trabajadora cubana en dicho proceso, a partir del legado revolucionario del levantamiento popular antimachadista de 1933.

El autor ve en la “revolución de 1933” el *primer movimiento socialista* masivo de la clase obrera cubana, que ejercerá tal influencia en su conciencia de clase como para desencadenar la definitiva revolución socialista cubana de 1959.

Su extenso marco temporal de análisis -el período que va desde 1932 a 1963- contempla la Revolución Cubana como el producto de la acumulación de las fuerzas socio-políticas y de las experiencias derivadas del levantamiento social de los años treinta; en tanto los efectos de politización sobre la clase obrera y sus métodos de lucha (intentos insurreccionales, huelgas generales) permanecerán intactos en su conciencia revolucionaria. En palabras de Petras: “Cuba había recorrido el círculo completo: la revolución social abortada en 1933 se consumó en 1963. El papel del movimiento laboral masivo resultó decisivo para la iniciación del proceso (...)” (Petras, 1987: 230).

Así, dicho autor concibe el movimiento de la clase trabajadora cubana como uno de los actores principales del sistema político y social. La institucionalización del poder de los

trabajadores, a partir de los sindicatos industriales masivos, condicionará el desarrollo posterior de la lucha de clases en Cuba.

El contradictorio desarrollo de la lucha anticapitalista a partir del retroceso de las capacidades organizativas de la clase obrera cubana, su desmovilización política y la desarticulación de sus fuerzas revolucionarias (a partir del burocratismo sindical de las dirigencias) durante todo el período de ofensiva contrarrevolucionaria, no logrará sin embargo destruir las aspiraciones sociales de la clase trabajadora, ni su conciencia socialista de izquierda revolucionaria.

Petras afirma que la presencia de la clase trabajadora en la lucha contra Batista y sus intereses clasistas específicos quedaron incluidos inicialmente en el marco democrático, nacionalista y antidictatorial general; no obstante, esos componentes se incluirán finalmente en el proceso de transformación socialista de las relaciones de propiedad cubana. Así lo expresa:

Para la clase trabajadora, la movilización antibatistiana era una forma de lucha de clases, directamente política y con un conjunto inmediato de demandas formuladas al sistema capitalista. (...) y no simplemente una lucha política amorfa contra un régimen dictatorial (...). (Petras, 1987: 245, 250).

En conclusión, el régimen represivo de Batista y sus ataques a la clase obrera prepararon el escenario para el estallido de nuevas luchas clasistas revolucionarias -a mediados de los cincuenta- que politizarán nuevamente a los trabajadores, dispuestos ahora a actuar fuera de los partidos políticos tradicionales y de las organizaciones sindicales. El resultado sería la recreación de una política de enfrentamiento masivo, similar a la de los años treinta, aunque materializada ahora en un nuevo desafío de oposición a partir de nuevas formas de lucha, conjugadas por la interacción de la lucha masiva urbana y el movimiento guerrillero rural.

Así, el desarrollo contradictorio de la lucha anticapitalista sería resuelto por el Movimiento 26 de Julio de Fidel Castro, aunque arraigado -nos alerta Petras- sobre el patrón de las fuerzas sociales revolucionarias iniciado por el movimiento obrero de la década del '30: "El genio del liderazgo de Castro no consistió en la "creación" de la conciencia entre los trabajadores cubanos, sino en la respuesta al legado histórico de la política clasista cubana y la facilitación de su expresión organizativa" (Petras, 1987: 248).

Desde una matriz de pensamiento histórico-marxista más abarcadora, el estudio de Thalía Fung Riverón, *La revolución socialista en Cuba* (1987), intenta comprender el significado histórico de la Revolución cubana tanto a partir de la manifestación de sus condiciones objetivas concretas y sus factores subjetivos, como por las regularidades generales de la revoluciones socialistas contemporáneas –desmitificando que la cubana sea una experiencia excepcional, casual e irrepetible.

La autora considera que la contradicción principal en la sociedad cubana será el antagonismo entre el imperialismo norteamericano y el pueblo cubano, por lo que el *movimiento de liberación nacional* se desplegará fundamentalmente a partir de una alianza obrero-campesina que guiará el curso del proceso revolucionario, tal como aproximará Pierre-Charles en su estudio *Génesis de la revolución cubana* (2003)⁵. La radicalización de dicho movimiento pesará decisivamente para la formación de una conciencia nacional.

Si la primera situación revolucionaria se refleja en 1933, bajo la unidad de las masas contra la dictadura de Machado, dicha experiencia contribuirá en la década del '50 al desarrollo de una línea estratégica revolucionaria, enriquecida por la tradición combativa de las masas populares, particularmente la de la clase obrera. Así la autora expresa que: “La lucha de los obreros en la revolución democrático-popular, agraria y nacional-liberadora se unió a la de todo el pueblo desde la etapa insurreccional” (Fung Riverón, 1987: 69).

El movimiento de liberación nacional tendrá como fuerza revolucionaria decisiva a la clase obrera, cuyo desarrollo político en su larga tradición de lucha sentará las bases subjetivas para que ésta desempeñara las transformaciones revolucionarias; permitiendo la aceleración del proceso, bajo la “dictadura del proletariado”, en términos del materialismo histórico. En palabras de Fung Riverón:

La huelga general del primero de enero [de 1959] culminó el proceso político de toma de conciencia de la clase obrera, pesó decisivamente en el triunfo de la insurrección armada y, en consecuencia, en el establecimiento de la dictadura democrático-revolucionaria de las masas populares. (...) y en el breve período de dos

⁵ Véase más adelante el análisis de este trabajo académico.

años (...) impulsó el establecimiento de la dictadura del proletariado. (Fung Riverón, 1987: 70).

Fung Riverón considera que las contradicciones existentes en Cuba, en la década del '50, constituyeron las condiciones objetivas que posibilitaron la fusión de las tres formas del movimiento revolucionario, llevando a madurar la *situación revolucionaria* a partir del despliegue de los factores subjetivos –las acciones revolucionarias de las *masas populares* (obreros, campesinos, estudiantes y pequeña burguesía).

En definitiva, la autora considera que el papel protagónico de la clase obrera en la transformación socialista del proceso revolucionario develará su fuerza social rectora como *clase hegemónica*, históricamente llamada a dirigir el cambio hacia el socialismo, el cual devendrá en fuerza ideológica de las masas populares.

Desde una perspectiva de análisis un poco más amplia a la de Petras, pero que reproduce gran parte de los lineamientos interpretativos de Fung Riverón, el trabajo académico de Gérard Pierre-Charles, *Génesis de la revolución cubana* (2003), parte de analizar el hecho revolucionario cubano desde una matriz metodológica marxista para descubrir la génesis del proceso de transformación socialista. En contra de los estudios fenomenológicos de la Revolución cubana, que parten de examinar solamente la dictadura de Batista para explicar dicho proceso revolucionario, este autor aborda el marco de la formación económico-social cubana, para poder dar cuenta del contexto histórico global del hecho revolucionario.

Asimismo, Pierre-Charles indaga no sólo las bases estructurales (o elementos materiales) del desarrollo económico-productivo cubano sino también los factores histórico-subjetivos –a partir del análisis de los movimientos sociopolíticos desde las luchas independentistas de mediados del siglo XIX y la posterior lucha antiimperialista contra la dominación norteamericana- que confluyeron expresándose en la coyuntura crítica de la década del '50, posibilitando el cambio social revolucionario.

En una línea interpretativa semejante a la de Petras pero yendo un poco más allá de ésta, Pierre-Charles sitúa en la revolución de 1933 un momento clave no sólo para la concientización de la clase obrera, sino también para la radicalización de la conciencia social del pueblo cubano.

Se perfila también el análisis de la Revolución Cubana a partir de caracterizarla como una verdadera lucha ininterrumpida que fue forjando el espíritu nacional ligado a una

conciencia antiimperialista, antesala del futuro ideario socialista. Pues, según el autor –y en esto reproduce fielmente la interpretación de Fung Riverón-, fue en la lucha histórica contra el imperialismo que el pueblo adquirió su conciencia revolucionaria, logrando culminar en la revolución socialista del siglo XX.

Basándose en el estudio teórico de las condiciones de emergencia de las clases sociales en Cuba de Marcos Winocur, *Las clases olvidadas en la revolución cubana*, (1987)⁶, Pierre-Charles retoma la conceptualización de la composición de la clase obrera cubana –urbana y agrícola-, estimando en el obrero agrícola del sector industrial azucarero, (ubicado en un *cuarto nivel*, según el estudio de Winocur) una mayor conciencia de clase e ideología proletaria con contenido revolucionario. En términos del autor:

Era esta clase obrera objetiva o potencialmente anticapitalista y antiimperialista y por lo tanto llevaba un proyecto antisistema (...) A partir de entonces y a través de un largo proceso de luchas, el proletariado, fragmentado, dividido y débil ideológica y políticamente, se convierte de “clase en sí” en “clase para sí”, transformación que culmina en la segunda década de este siglo [siglo XX]. (Pierre-Charles, 2003: 55, 96).

Así, el protagonismo de la clase obrera en los movimientos sindicales y políticos, forjará una conciencia política y una decisión de lucha organizada a partir de su inclusión en las filas insurgentes lideradas por Fidel Castro; de la mano de un proceso de radicalización y concientización de todo el pueblo cubano. Estos factores serán pilares claves a partir de los cuales el Movimiento 26 de Julio sentará su plataforma de acción; aprovechando tanto el nivel de conciencia política del pueblo (factores subjetivos) como la coyuntura crítica de la crisis estructural del régimen de Batista (condiciones objetivas).

Será de la unión de estos obreros industriales y agrícolas, el campesinado e integrantes de las clases medias de donde nacerá el sentimiento nacional del pueblo cubano y su necesidad histórica del cambio social. Pues la agudización de la lucha de clases develará el antagonismo entre la nación cubana y la dictadura batistiana y sus fuerzas externas; en tanto la revolución democrática de liberación nacional estará indisolublemente ligada a la lucha contra el imperialismo –tal como explica Fung Riverón en su estudio. Y para

⁶ Véase más adelante cómo abordamos el estudio académico de dicho autor, como parte constituyente de dicho estado de la cuestión.

ello, no se podrá prescindir del peso político del proletariado como antítesis del capitalismo.

Partiendo de un enfoque historiográfico que discute las proyecciones ideológicas externalistas de la Revolución Cubana, *La rebelión permanente* (1988), de Fernando Mires, intenta analizar dicho proceso revolucionario desde sus particularidades específicas -valga decir, cubanas- estableciendo una relación de continuidad con el pasado histórico del país. Así, el autor afirma que la revolución antimachadista -donde el movimiento obrero tabacalero y azucarero tuvo una importancia decisiva en la huelga general de masas de 1933- constituyó un antecedente clave para comprender la revolución antibatistina.

Sin embargo, el autor considera que si bien inicialmente la Revolución contó con una amplia participación popular, no siempre tuvo el apoyo de las organizaciones obreras, las cuales posteriormente serían reorganizadas desde el Estado, con la colaboración del PC, en la tarea de estatizar las estructuras sindicales.

Si el Movimiento 26 de Julio empezaba a depositar su confianza sobre la huelga general de masas -a partir de los signos de activación que mostraba el movimiento obrero, desde fines de 1955, con la huelga azucarera e incluso desde la resistencia armada-, el problema a resolver sería que los obreros estuvieran dispuestos a paralizar al país no sólo desde sus propias organizaciones. Lograr la unidad social y política para llevar adelante la insurrección definitiva, sería tarea obligada del M26J para asistir al triunfo final de la Revolución; en tanto Mires recalca que dicho movimiento no era ni el partido ni la conducción política de los trabajadores cubanos. Si bien Castro contaba con el apoyo de amplios sectores obreros -ya desde el asalto al Cuartel Moncada en julio del '53- el M26J seguía siendo un movimiento ajeno a esa clase, en tanto no se movía según el ritmo de las reivindicaciones obreras sino por la lucha militar. De allí que la política de alianzas del M26J con los comunistas y los sindicatos será considerada por Mires como uno de los factores claves de la Revolución.

Considerar la participación real de los obreros en la insurrección -el importante papel que cumplieron los trabajadores cubanos al erosionar con sus huelgas la legitimidad de Batista-, sobre la base de la significación "estructural" de la clase obrera cubana, lleva al autor a concluir que la Revolución Cubana no puede ser calificada como típicamente obrera; en tanto la tendencia de proletarización descendente y pauperización explicarían que los trabajadores urbanos se sumaran a la Revolución en forma masiva sólo después

de que el Ejército Rebelde hubiera ganado la guerra y no antes. No obstante, Mires cree que la Revolución tampoco asumirá un carácter obrero por el apoyo que luego recibirá de los comunistas, quienes entrarán en contradicción con las propias instancias organizativas de los trabajadores. Éstos últimos tampoco se habrían dado una organización política de carácter revolucionario que sobrepasara el marco de las acciones reivindicativas; por lo que los obreros serían considerados como miembros del pueblo pero no como clase revolucionaria.

Por último, el anteriormente citado análisis económico-marxista del historiador Marcos Winocur, *Las clases olvidadas en la revolución cubana* (1987), atiende las condiciones de emergencia histórico-estructurales de la clase obrera cubana, a partir de los criterios de localización (urbano-rural), concentración y grado de especialización. Así se distingue entre el obrero urbano industrial (primer nivel), el obrero desligado de la mecanización (segundo nivel), el obrero de la pequeña industria (tercer nivel) y el obrero agrícola azucarero (cuarto nivel), teniendo en cuenta para el último nivel las condiciones estacionales de la zafra y el fenómeno de *movilidad horizontal* como correa de transmisión entre la clase obrera y el pequeño campesinado, a favor de la radicalización ideológica proletaria.

El autor verá como un punto de inflexión sobre el accionar de la clase obrera, el contexto de la coyuntura política de la década del '50, a partir de la huelga azucarera del '55, que tomará características insurrectivas, evolucionando “de lo reivindicativo a lo político” (Winocur, 1987: 78). Incluso se incorporaba a las masas a dicha resistencia, como el asalto al Cuartel Moncada lo había hecho dos años antes, dando así el inicio de lo que Winocur define como una insurrección popular, donde la operación militar no marginaba a las masas sino que contaba con ellas como su fundamento.

Asimismo, las condiciones de la vía armada madurarán aún más a partir del desembarco del Granma, en el '56, tomado al Oriente –Sierra Maestra- como escenario de las operaciones guerrilleras. Sus pobladores rurales, potenciales integrantes del *cuarto nivel* de la estructura de la clase obrera, se verán sometidos tanto a la movilidad horizontal de interpenetración clasista como a la coyuntura de los desalojos rurales a partir del arribo del yate.

Será la huelga general del '57, en repudio al asesinato de Frank País, espontánea y sin consigna reivindicativa la que sentará para Winocur las bases para la creación de las condiciones subjetivas revolucionarias; y que a diferencia de la huelga del '55 (limitada

al sector azucarero), abarcará parte de los niveles primero, segundo y tercero de la clase obrera.

Será finalmente la huelga general revolucionaria del '59, la que dando el golpe final a la dictadura, conjugará el esfuerzo cívico y bélico de la insurrección armada y la estrategia guerrillera del Ejército Rebelde. Una clase obrera en acción –ahora sí sus cuatro niveles– guiando un movimiento de huelga por su propia dinámica de clase, según lo entiende Winocur. Los Comités pro Defensa de las Demandas Obreras y por la Democratización de la CTC y el Frente Obrero Nacional –surgido por iniciativa del M26J– que pasarán a constituir el FONU (Frente Obrero Nacional Unido) develarán por primera vez la organización coordinada de los trabajadores, argumento que Winocur precisa distanciándose claramente de la postura historiográfica de Mires.

Será así la acumulación de fuerzas el factor generador de la dinámica social insurreccional que adquirirán las *clases olvidadas*. Sus decisiones autónomas –las *condiciones subjetivas de masa*– y la *voluntad* de crear el accionar revolucionario organizado, se combinarán con la coyuntura del deterioro económico de las zafras restringidas entre los años 1957-1958, despertando el compromiso clasista de derrocar a Batista. El posterior acceso al poder del Ejército Rebelde encontrará a la clase obrera cubana movilizada, “en pie de guerra” (Winocur, 1987: 161), como verdadera protagonista en su decisión de dar paso al socialismo.

Revolución cubana: ¿acto heroico de barbudos idealistas?

El historiador comprometido entenderá que la pregunta retórica con la que iniciamos dicho apartado es más que intencional; si se quiere, nos desafía a reflexionar los motivos por los cuales responderíamos, sin dudarle, a dicha pregunta con un rotundo: ¡No!. Porque si descreemos que el proceso revolucionario cubano haya sido una simple gesta heroica de una turba de “loquitos guerrilleros” atrincherados en Sierra Maestra, consideramos por el mismo motivo necesario asistir a una reflexión seria que indague el derrotero histórico por el cual se lograron desencadenar, a partir de las condiciones estructurales dadas, aquellos elementos subjetivos de *voluntad* y *conciencia histórica* que permitieron propiciar el curso revolucionario exitoso de las clases subalternas.

Las condiciones objetivas de la estructura socio-económica cubana empezarán a evidenciar una coyuntura política crítica a partir de marzo de 1952, con el golpe de Estado que inaugurará la dictadura de Fulgencio Batista. Los años de la década del cincuenta se le develarían a la clase obrera -y al resto de los sectores considerados subalternos- fundamentales para el desarrollo y puesta en marcha de una *conciencia revolucionaria*, su propia conciencia autónoma de clase explotada.

No por ello debe dejarse de tener en cuenta el precedente histórico que la huelga general de 1933 consagró, a partir del derrocamiento de la también nefasta dictadura de Gerardo Machado. La fuerza de la insurrección popular masiva de ese entonces había dejado en claro la importancia que venía cobrando no sólo el movimiento obrero y su clase, sino también el conjunto de las demás clases subalternas; inaugurando así la primera situación revolucionaria –en términos de Fung Riverón- o bien un momento histórico revolucionario –según Winocur- que mostrará, sin lugar a dudas, una relación de antecedente obligada para comprender la formación de una conciencia de acción revolucionaria de las clases subalternas.

¿Pero por qué detenernos simplemente en el análisis de la clase obrera cubana? Precisamente por dos motivos. El primero, responde simplemente a los fines analíticos de nuestro recorte arbitrario de investigación, porque sólo así lograremos enfocarnos en nuestro cometido logrando llevarlo a cabo de manera correcta y precisa. El segundo, reconoce la advertencia gramsciana a la hora de detenernos en esa historia tan disgregada y episódica como suele ser la historia de los grupos sociales subalternos.

Si de examinar la *autonomía integral* de los grupos subalternos se trata, a partir de las distintas fases por las cuales lograron unificarse como fuerzas sociales revolucionarias, tendremos en cuenta específicamente aquel sector que logrará erigirse como *clase hegemónica* del proceso revolucionaria, a saber, la clase obrera cubana. Pero ello no significa de ningún modo relegar a menor importancia la historia de los demás grupos subalternos (campesinos, pequeña burguesía, estudiantes) ni atar unívocamente su propio derrotero revolucionario a la acción dirigente de la clase obrera.

Antes bien, nos enfocamos en precisar la importancia que tuvo la unión de la clase obrera cubana con las masas campesinas, en esa alianza tan característica conjugada por las nuevas estrategias de la lucha armada. Tal como lo expresa Petras:

La movilización revolucionaria reflejaba la *interacción dialéctica* entre la lucha masiva de las ciudades y el movimiento guerrillero armado en el campo. Por encima

de las diferencias tácticas, el éxito de la lucha dependía de la interdependencia y la articulación de ambas luchas (Petras, 1987: 249).⁷

Precisamente esa combinación dialéctica, entre los distintos escenarios de lucha activa y los actores sociales con capacidad de agencia, devendrá en la *síntesis* superadora de la acción revolucionaria auténtica, fidedigna y autónoma de las clases subalternas, nada más genuino a la hora de entender la significación histórica de la Revolución Cubana.

A esto, debemos sumarle el valor histórico de las huelgas generales -ya sean en su connotación económica, social y/o política- como una herramienta más de lucha, que la insurrección popular masiva ponía en juego, sobre todo desde los acontecimientos de 1933, a la hora de expresar la conciencia de clase, y por ende, la capacidad de acción política autónoma.

Si el surgimiento de la lucha verdadera clasista-revolucionaria, se inició a mediados de los años cincuenta, tal como lo expresan Winocur y Petras, al calor de las huelgas y manifestaciones que los distintos sectores de la clase obrera empezaron a desencadenar⁸; una vez más es importante tener en cuenta el análisis de la estructuración de dicha clase en sus *cuatro niveles*, tal como lo desarrolla Winocur. Ello nos permite comprender la huelga general revolucionaria de 1959, a partir de la acción conjunta de *toda* una clase obrera -ahora sí en sus cuatro niveles- movilizad y radicalizada por su propia conciencia y dinámica social de clase.

Asimismo, esto nos lleva a relacionar las vicisitudes de la *lucha contrahegemónica* en el Oriente campesino, escenario de las operaciones guerrilleras del Ejército Rebelde. La *movilidad horizontal* que el trabajo estacional y excepcional de la zafra azucarera producía y atravesaba las condiciones de existencia del poblador rural -precarista, fundamentalmente⁹- paradójicamente sembraba en sus “tiempos muertos” la semilla de su conciencia y de la agitación revolucionaria, a punto de dar su cosecha más fructífera en enero de 1959. Tal como lo expresa Winocur:

⁷ El destacado en cursiva es nuestro.

⁸ Para un estudio detallado de las implicancias de la huelga azucarera de 1955 y la huelga general de 1957 en el derrotero combativo de la clase obrera cubana, véase (Winocur, 1987: 65-100).

⁹ “(...) en el precarista -tipo muy difundido en la provincia de Oriente- vinieron a conjugarse los ya examinados factores estructurales de movilidad con la coyuntura de una nueva ola de desalojos, producida en la sierra luego del desembarco del yate *Granma*. De modo que si la clase obrera se había hecho presente en las ciudades y en el llano de los cañaverales, tampoco estaba ausente de la sierra. (...) de las montañas. (...) descendía ahora otro eco, el de la guerrilla de Fidel Castro” (Winocur, 1987: 86).

Es así como la movilidad horizontal, nacida de un estado de necesidad, ligada a la estructura específica de la clase obrera cubana, *de por sí* agitaba. Verdadero revulsivo en el seno de las masas, se presentaba como el vehículo para su radicalización actuando a favor del <contagio> de la ideología de los trabajadores. (Winocur, 1987: 76).¹⁰

Con todo, nosotros consideramos que este “contagio” de la ideología proletaria hacia el pequeño campesino constaba de absorber una perspectiva radicalizada de lucha, que en conjunto a la clase obrera determinará una relación de fuerza revolucionaria congregada por una unidad objetiva (y subjetiva) de acción política. Sin embargo, ello no significa que los campesinos siguieran pasivamente las consignas de lucha del proletariado ni mucho menos que ese “contagio” implicase no poder incluir sus propias reivindicaciones de lucha política, plasmadas tanto en sus tradiciones agrarias¹¹ de antaño como en sus nuevas demandas radicalizadas al calor de la lucha guerrillera.

El mismo razonamiento se aplica al examinar la relación del Oriente campesino y el Ejército Rebelde -brazo armado del M26J-, a la hora de desencadenar la lucha armada de la guerra de guerrillas. Pero no es específicamente en la relación entre el accionar guerrillero campesino y el Ejército Rebelde castrista de los años '56-'58 donde nos detendremos para evaluar el vínculo entre el Movimiento 26 de Julio y la clase obrera cubana. Más bien, se prestará atención al momento fundacional de la *vía armada de las masas*, verdadero inicio de la insurrección popular –en términos de Winocur¹²- que finalmente conducirá al triunfo revolucionario de 1959. Nos referimos al asalto de los cuarteles Moncada y Bayamo, el 26 de Julio de 1953.

Fidel Castro: ¿La historia lo absolverá?

Nos parece importante analizar el asalto al Moncada como un verdadero punto de inflexión en la historia cubana, por su relevancia para propiciar el posterior triunfo de la Revolución. Si bien sabemos que la operación armada fracasó, no obstante la

¹⁰ Tanto la cursiva como las comillas son del autor.

¹¹ Nos sorprenden las lecturas académicas que insisten en ver en estas tradiciones agrarias campesinas formas de *bandolerismo*, de manera bastante peyorativa, al considerarlas formas de acción colectiva campesina “prepolíticas”; argumento con el cual discutimos en tanto no logra identificar los modos de acción política subalterna. Véase (Hobsbawm, 2001).

¹² (Winocur, 1987: 82-84).

repercusión política del suceso constituirá un eje nodal al calor del alegato de autodefensa pronunciado por Fidel Castro, tras su detención por los hechos.

El 26 de Julio de 1953 se sentaban las bases del camino revolucionario: un sector radical de la pequeña burguesía se erigía como la *vanguardia* de la lucha antidictatorial, bajo el liderazgo de un nuevo campo de oposición que surgía con Castro y su movimiento M26J –creado formalmente desde el exilio, en junio del ‘55, tomaba como nombre la fecha de dicho suceso insurreccional clave¹³.

Como expresa Winocur, si bien las condiciones objetivas de la coyuntura crítica aún no estaban del todo desplegadas ni los factores subjetivos totalmente maduros, la operación militar del Moncada en ningún momento marginó a las clases subalternas, sino que más bien contó con ellas como su fundamento, desarrollando una verdadera conducción políticamente organizada bajo una *vanguardia revolucionaria*. En palabras de Lenin, en ese cambio subjetivo es decisiva la coyuntura de la formación de vanguardia para “revelar a las masas la existencia de una situación revolucionaria y la determinación revolucionaria del proletariado” (Thwaites Rey, 2007: 155). Así el M26J logrará desempeñar un rol central, claramente vanguardista, al lograr canalizar la acción revolucionaria de las clases subalternas; dándole un liderazgo y una dirección consciente y organizada a la “fase de rebelión”, como Castro denominó a la primera etapa de la lucha revolucionara cubana.

La historia me absolverá se nos presenta como fuente de alto valor significativo, no sólo por su relevancia histórica de primera mano –escrito de puño y letra por Fidel Castro-, sino también porque nos permite ver cuál era el ideario programático de la lucha revolucionaria que el movimiento castrista estaba empezando a vislumbrar por aquellos momentos iniciales. Así, el mismo Fidel advierte que en su alegato “está contenido el programa de la ideología nuestra, sin la cual no es posible pensar en nada grande” (Castro, 2005: 17). A su compromiso democrático en contra de la dictadura batistiana, debemos sumarle su involucramiento en el serio debate de las miserias de las clases oprimidas, a partir de un diagnóstico que Fidel desarrolla en su discurso sobre las condiciones objetivas críticas, “la espantosa tragedia (...) sumada a la más humillante opresión política”, que enfrenta Cuba (Castro, 2005: 20).

¹³ Cabe destacar que la fecha elegida para atacar a los cuarteles, el 26 de Julio de 1953, también destacaba por conmemorarse ese día el centenario del nacimiento del líder nacionalista José Martí, figura totalmente reivindicada por el movimiento de Castro.

Asimismo, Castro analizará de forma histórico-concreta al *pueblo cubano*, definiéndolo así:

Cuando hablamos del pueblo no entendemos por tal a los sectores acomodados y conservadores de la nación, a los que viene bien cualquier régimen de opresión, cualquier dictadura (...). Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa (...) la que ansía grandes y sabias *transformaciones en todos los órdenes* y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo, *cuando crea suficientemente en sí misma*, hasta la última gota de su sangre (Castro, 2005: 59).¹⁴

Su conceptualización de las masas populares, lejos de ser imprecisa, se concentra en resaltar lo que nosotros consideramos como las *clases subalternas*, definiéndolas como la gran fuerza revolucionaria que actuará cuando tome conciencia de sí, “cuando crea suficientemente en sí misma” y dirija su lucha a la transformación del orden social de manera radical. Esto último nos está indicando la seguridad del movimiento de vanguardia y su Programa del Moncada, en el carácter genuinamente revolucionario del proceso que el hecho del 26 de Julio del '53 iniciaba en la historia de la Revolución cubana.

Tal como lo expresa Fung Riverón, la difusión clandestina de *La historia me absolverá* infundirá progresivamente la concepción protagónica insoslayable de las clases subalternas en el proceso revolucionario. Definiendo como *pueblo cubano* a aquellos desocupados, obreros del campo precaristas, obreros industriales, pequeños agricultores, maestros, pequeños comerciantes, estudiantes y profesionales –en síntesis, el vasto conjunto de lo que Gramsci denominó como clases subalternas- Fidel termina por depositar en ellos la confianza última del triunfo revolucionario: “A ese pueblo (...) no le íbamos a decir: “te vamos a dar”, sino: “¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sean tuyas la libertad y la felicidad!” (Castro, 2005: 61).

Es interesante remarcar la interpretación del politólogo argentino Atilio Borón¹⁵, sobre la intencionalidad más profunda de la disertación de Fidel en la historia cubana. Lo que el autor da en llamar la “batalla de ideas”, será claramente reflejada en el documento

¹⁴ El destacado en cursiva es nuestro.

¹⁵ Véase en el prólogo a la edición de (Castro, 2005).

castrista advirtiendo que “lo que fue sedimentado con sangre debe ser edificado con ideas”. Con razón, Borón afirma que para contrarrestar los efectos negativos de la derrota militar del 26 de julio, Castro se embarcaba en la construcción de una nueva *hegemonía* que ya desde la cárcel transmitiría a sus compañeros de lucha, al pedirles que difundieran clandestinamente su alegato: “no se puede abandonar un momento la propaganda, porque es el alma de toda la lucha” (Castro, 2005: 17).

Creemos que a esta construcción del nuevo discurso hegemónico que Fidel asimila -según Borón- al precepto gramsciano, como estrategia política y moral de lucha, debe sumarse la *lucha contrahegemónica* que las propias clases subalternas logran suscitar, al calor de la conducción castrista bajo el M26J, como condición necesaria para el triunfo definitivo de la revolución. De allí la trascendencia de este documento y su valor histórico perdurable.

Consideramos acertado ver en el alegato del Moncada la piedra angular de la base programática del Movimiento 26 de Julio, en tanto su ideario de acción terminará de definir el programa de la revolución sobre la dinámica social de la fuerza aglutinadora de los sectores populares, a saber, las mentadas *clases subalternas*.¹⁶ Más que un discurso de autodefensa, la disertación de Fidel se perfila como fundamento de denuncia y combate, como justificación elaborada al derecho de rebelión y lucha revolucionaria. Pero por sobre todas las cosas representa al pueblo cubano y le señala el camino de la lucha armada, camino definitivo para el éxito revolucionario.

Nos parece importante remarcar que la constante alusión al *pueblo cubano*, como principal rector -y no sólo receptor- de los futuros cambios revolucionarios, se expresa de manera taxativa en la promulgación de la primera ley revolucionaria (aquella que hubiera sido sancionada, en caso de concretarse el éxito de la toma militar del cuartel). Ésta sancionaba devolverle la soberanía al pueblo, a partir de la reivindicación de la legítima Constitución de 1940 que la dictadura del '52 había borrado por completo. Así, Fidel deja en claro que sólo el pueblo tendría la facultad de modificar la suprema ley del Estado, en caso de ser necesario, y no el movimiento armado revolucionario del cual Castro se erigía como auténtico líder. Esto nos evidencia, una vez más, cómo las reivindicaciones políticas de las clases subalternas se fueron acoplando *vis-a-vis* a las consignas de la formación de vanguardia, en una relación consciente y para nada manipulativa. O por lo menos esto se intentaba dejar en claro desde el vamos, en su

¹⁶ Véase (Fung Riverón, 1987: 51-54).

manifiesto programático de lucha, tal como rezaba Fidel en una de sus ideas: “Mí lógica, es la lógica sencilla del pueblo” (Castro, 2005: 87).

Coincidimos con Borón en que la definición de lo popular es ajena al exclusivismo obrero, en tanto Fidel incluye en su propaganda política revolucionaria a esta enorme masa de sectores populares sobre la base de una política de alianzas de todas las clases subalternas -incluyendo fracciones de la pequeña burguesía- que el M26J lograría conducir, aún sin la *hegemonía* específica de ninguna en particular. Recordemos que la clase obrera, estructuralmente hablando, estaba constituida por *cuatro niveles*, lo que hacía inconcebible para el movimiento armado castrista dirigir su atención pura y exclusivamente a los “obreros” como si fueran una clase constituida de manera cerrada y fija, en su única extracción industrial y urbana al modo europeo.

Sin embargo, no por ello acreditamos a la idea de Mires de que “en el Castro del Moncada, la noción de pueblo predominaba por sobre la noción de clase” (Mires, 1988: 304) ni mucho menos constatamos –como el mismo autor cree- que “en la acción del Moncada (...) los actores mismos se consideraban como una simple fuerza auxiliar, no como una vanguardia” (Mires, 1988: 303). Porque si bien se llamaba a la unificación política de todas las fuerzas sociales oprimidas, no por ello el M26J dejó de tener en claro que el sujeto de la transformación histórica, verdadero protagonista de la revolución, sería definido en términos de *clase revolucionaria*, a partir de su conciencia política y su voluntad de acción al calor de los hechos; y que la propia vanguardia se encargaría de hacer estallar de forma categórica. Que el alegato-manifiesto de Fidel se dirigiera de forma plural al *pueblo cubano* –aunque, ya vimos, definiéndolo de manera precisa- responde más bien a esa lógica estratégica que su propaganda de lucha revolucionaria estaba tratando de instaurar, en la construcción de una nueva *hegemonía*, bajo la candente querrela de ideas.

Y que la clase obrera cubana termine erigiéndose como fuerza rectora de la transformación socialista, será consecuencia de la nueva situación hegemónica que el proceso postrevolucionario *a posteriori* se encargará de develarle. Esa es la relación más fructífera que el movimiento vanguardista de Fidel logrará imprimir a la lucha de la clase obrera y a su determinación revolucionaria.

Palabras finales

“Los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, aún cuando se rebelan y sublevan: sólo la victoria “permanente” rompe, y no de inmediato, la subordinación” (Gilly, 2006: 85). Con estas mágicas palabras sintetizaba Gramsci la misión histórica de las clases subalternas, en su lucha por conquistar una hegemonía propia; y he aquí también donde la tarea del investigador consta de encontrar los rastros de iniciativa autónoma, como germen inicial de la posible autonomía integral de los subordinados.

Lejos de aceptar y dar por sentado, de manera irreflexiva y apresurada, que la clase obrera cubana –y el resto de las clases subalternas- aceptaron pasivamente el destino de la lucha revolucionaria, nos atrevimos en este estudio a seguir las notas del maestro –y sus criterios de método- para analizar con mayor claridad y juicio propio el devenir histórico de la Revolución Cubana, desde una dinámica integradora: aquella que considera a los sectores sometidos desde sus *propias* estrategias de lucha; estimadas por nosotros como claros indicios de sus acciones políticas autónomas.

Si hemos hurgado en la relación entre el Movimiento armado 26 de Julio –liderado por la genialidad política de Castro- y la clase obrera cubana –fuerza protagónica, a pie juntillas, del proceso revolucionario- “cepillando la historia a contrapelo”-tal como nos anima Adolfo Gilly- (Gilly, 2006: 101), fue porque consideramos que sólo desde la problematización de la historia de “los de abajo” podremos llegar a esclarecer el carácter propio de la política subalterna y como ésta se logró vincular al ideario político-programático de vanguardia, que el movimiento castrista les propuso en la senda del éxito revolucionario. La resultante de esa interacción dialéctica tan hegeliana nos muestra la confluencia que los líderes revolucionarios establecieron –partiendo del fundamento y la presencia activa de los sectores subalternos- con el pueblo cubano al que Fidel tanto remitía en su alegato histórico.

En fin, la política subalterna nos permite correr el velo de la dominación en tanto y en cuanto ésta logra hablar, por sus propios medios y a través de la acción comprometida, con su propia voz y sus propias razones. “Dar voz a los sin voz”, es la más valiosa y reconfortante tarea académica que todo historiador debería proponerse.

Referencias bibliográficas

- Castro Fidel, (2005), *La historia me absolverá*, Buenos Aires: Luxemburg.
- Fung Riverón Thalía, (1987), *La revolución socialista en Cuba. Condiciones objetivas y factores subjetivos*, Buenos Aires: Ediciones Dialéctica, Colección Las Revoluciones.
- Gilly Adolfo, (2006), “Subalternos antiguos y modernos”, *Historia a contrapelo*, México: ERA, pp. 79-103.
- Gramsci Antonio, (1981), “Apuntes sobre la historia de las clases subalternas. Criterios de métodos”, *Cuadernos de Pasado y Presente*, nº 54, México D.F., 2da.edición modificada.
- Mires Fernando, (1988), *La rebelión permanente*, México: Siglo XXI.
- Petras James, (1987), *Clase, estado y poder en el tercer mundo. Casos de conflictos de clase en América Latina*, México: FCE.
- Pierre-Charles Gérard, (2003), *Génesis de la revolución cubana*, México: Siglo XXI.
- Thwaites Rey Mabel, (2007), “El Estado “ampliado” en el pensamiento gramsciano”, Thwaites Rey Mabel (comp.), *Estado y marxismo: Un siglo y medio de debates*, Buenos Aires: Prometeo, pp.129-160.
- Winocur Marcos, (1987), *Las clases olvidadas en la revolución cubana*, Buenos Aires: Contrapunto.